



## CAPITULO VI.

—  
EN EL HOTEL Y EN EL COLEGIO.

**A** la mañana siguiente, aquel viejecito, envuelto en su capa española, y sentado frente á su hijo, hablaba de este modo.

—Al fin he visto realizadas mis esperanzas: ya estamos en México; pero después de una larga serie de acontecimientos desgraciados, tal vez todos mis esfuerzos sean estériles.

—¿Por qué, padre? le preguntó el niño.

—Ya lo sabes; he perdido ya cuanto te-



nía; este último golpe ha acabado con mi escasa fortuna.

—¿Pero acaso se necesita dinero en México, para recibir una buena educación?

—No; afortunadamente ya no es así, según me han informado.

—Hoy los pobres, agregó el niño, pueden recibir gratuitamente una educación como la de los ricos, además que si á usted se le llega á agotar lo poco que le ha quedado, yo trabajaré y no nos faltará nada.

Estas palabras las pronunció el niño con un acento tal de convicción, que dibujaron en la fisonomía del anciano un gesto de bienestar y de contento.

—¿Y en qué trabajarás Gabriel? le preguntó cariñosamente á su hijo.

—En un oficio, contestó Gabriel con cierto aire pedante, tengo muy buenas fuerzas; como que es lo único que saqué de los acróbatas con quienes viví.

—Quiera Dios, exclamó el anciano, que persistas en esa idea, ya no sólo por el deseo que tienes de auxiliarme supuesto que

yo ya no puedo trabajar, sino porque los obreros, hijo mío, valen mucho.

—¿Por qué, papá?

—Porque són hombres libres.

—¿Pues qué los demás hombres no lo son?

—Desgraciadamente hay una tendencia fatal en el hombre á la veneración: no parece sino que cada hombre no llega nunca á creer que puede bastarse á sí mismo y empieza por forjarse ídolos y dioses, que sean intermediarios entre su insuficiencia personal, y la gran superioridad que llamamos Dios: esta tendencia, que es común á todos los hombres, ha engendrado las religiones, los cultos y la oligarquía; y los hombres se conforman fácilmente con su poco valer, siempre que encuentren una superioridad que los proteja: en el cambio de esta protección, caben todas las humillaciones y todos los errores; pero tan luego como el hombre productor se constituye en elemento indispensable en la marcha de la sociedad, cooperando con su industria ó con su



trabajo mecánico al movimiento de la riqueza pública, se independe de ominosas superioridades y rechaza instintivamente todo tráfico de servicios innobles y toda coacción por parte de los protectores.

El artesano honrado, hijo mío, es el tipo del ciudadano, concebido por la democracia y por el progreso.

—¡Yo seré artesano! exclamó Gabriel con entusiasmo.

—Sí, pero serás el artesano instruído; porque yo no quiero que seas una de tantas máquinas humanas que, afuer de ignorantes, se convierten en las mulas del adelantamiento de la sociedad; yo quiero que seas un productor instruído, capaz de enaltecer el oficio á que te dediques; quiero que seas instruído, no para que tu saber sea explotado por los políticos, por los tribunos ambiciosos, ni por los especuladores; yo quiero que te instruyas, para que te enaltezcas á tus propios ojos; para que no te haga callar el primer pedante que te hable, y para que con tu mandil ceñido, entres con la frente

erguida á las filas de la única aristocracia posible, que es la del saber.

No quiero que seas uno de nuestros hombres públicos, ni alguno de esos muchos audaces, que, asaltando puestos, y medrando á costa de su dignidad y de su honra, se apoderan de las situaciones y de los empleos, á despecho de la risa de los hombres sensatos é independientes.

—¿No es bueno ser empleado, papá?

—Hay en este país, hijo mío, una enfermedad endémica que se llama empleomanía.

—Y qué enfermedad es ésa?

—Es un conjunto de necesidades que satisfacer, unido á una carencia absoluta de medios para satisfacerlas; tal es esa enfermedad funesta, que ha llegado á desquiciar la hacienda pública y ha dado pábulo á las revoluciones y á los motines.

—¿En cambio los empleados acabarán por ser muy ricos, puesto que logran menoscabar la hacienda pública?

—Son raros los que se enriquecen, á pe-



sar de esa observación, pues por lo general estos enfermos mueren de consunción y de raquitis.

—¿Por qué papá?

—Porque el gobierno siempre los paga mal.

—¿Y la experiencia los retrae?

—No, pero quiero que mi experiencia te retraiga á tí.

—Lo obedeceré á usted en todo, no seré empleado.

—¿Y los políticos, papá? es bueno ese empleo?

—Ese no es un empleo.

—¿Es una industria?

—Sí: hijo mío, has acertado; pero es una industria peligrosa y en la que se necesita dejar algunos jirones de conciencia.

—¿Por qué?

—Porque se hace á veces necesario sacrificar á las personas que se aman, perjudicar á quien no lo merece, y hablar generalmente lo contrario de lo que se piensa.

—¿Y así es como se llega á ser presidente?

—Y así es como se llega también al patíbulo.

—Tampoco quiero ser político, no llegaré á conocer eso ni por el forro.

—No tanto: á su tiempo te enseñaré lo que un buen ciudadano debe saber en estas materias: aprenderás lo necesario para hacerte respetar y para no ser juguete de los políticos.

—Dios le ha de conservar á usted la vida, para que logre usted todo lo que desea, y sobre todo, para verme capaz de pagarle á usted todo lo que le debo.

El anciano acarició la cabeza del niño y lo contempló por largo tiempo.

Gabriel le besó la mano á su padre.

Esta conversación fué interrumpida por la voz de un criado, que preguntó, entreabriendo la puerta.

—¿Qué nombre se escribe en la tabla?

—¿En qué tabla? preguntó el anciano?

—En la del hotel: está mandado por la autoridad que todos los pasajeros digan su nombre, de dónde vienen, y á qué.



—¿Eso está mandado?

—Puede usted verlo en el reglamento: ahí está.

Y el criado señaló un cartón que estaba colgado en una de las paredes del cuarto.

Gabriel descolgó aquel cartón y lo presentó á su padre.

—Puede usted escribir, dijo éste, luego que hubo recorrido con la vista el reglamento, puede usted escribir en la tabla ó el registro, Santiago Franco y su hijo Gabriel, procedentes de Querétaro.

—¿Y á qué vienen? preguntó el criado.

—A asuntos propios, dijo don Santiago, supuesto que ésta es una contestación con la que la policía tiene la amabilidad de conformarse.

—El criado también se dió por satisfecho y se alejó repitiendo el nombre de Santiago Franco para inscribirlo en el registro.

Poco después salió don Santiago á la calle, y como era hombre tenaz en sus asuntos, creyó que lo que debía ocuparlo de preferencia era la educación de Gabriel, de mane-

ra que se dirigió en derechura á un establecimiento de educación.

El primero que encontró, tenía todas las ventajas de situación, amplitud, comodidad y sobre todo, un aparato que no había más que pedir.

Subió lentamente las escaleras, y después de un largo rato que necesitó para tomar aliento, avanzó por un corredor, hasta llegar á la puerta de un gabinete.

Apenas se acercó, algunos niños se levantaron de sus asientos, y de entre el grupo de los que se habían levantado, se desprendió uno, dirigiéndose á don Santiago.

—Busca usted al director?

—Sí, jovencito: si usted tiene la bondad de....

El niño con una vivacidad cómica, se internó en las piezas contiguas, dejando parado á don Santiago.

Después de no cortos instantes, se presentó un señor vestido de negro, y que traía puesta una gorra griega de terciopelo carmesí, bordada de oro.



Era el señor director; traía un libro en las manos, y los anteojos calados.

Vió sobre éstos á don Santiago y le dijo:

—Muy buenos días, caballero; si usted tuviera la bondad, pasaríamos á la sala de recibir....

—Como usted guste.

—Pase usted por aquí.

Y el director hizo entrar á don Santiago á la pieza inmediata, donde á la sazón estudiaban más de cincuenta alumnos, quienes al ver al director acompañado de una persona extraña, se pusieron de pié y guardaron silencio.

—Siéntense ustedes niños, tengan la bondad de no molestarse, dijo don Santiago acompañando sus palabras con un ademán, como para comprender en sus atenciones á todos los niños.

En seguida el director abrió una puertecita y se presentó á la vista de don Santiago, una pieza como de cinco varas, que era probablemente á la que el director llamaba su sala de recibir.

En efecto, había allí un confidente, dos sillones, dos estantes con libros, cuatro esferas, y algunos planos y dibujos que ornaban las paredes.

—Cuando don Santiago y el director hubieron tomado asiento, el director preguntó.

—¿En qué puedo servir á usted, caballero?

—Tengo un hijo, dijo don Santiago.

—Ya lo había adivinado, dijo el director, queriendo dar esta primera prueba de su penetración, y luego continuó para acortarle el camino á su interlocutor.

—Y usted desea que ese hijo se eduque. ¡Oh! muy bien pensado señor, muy bien pensado. ¿Y su edad?

—Tiene once años.

—¡Ah! Y ya sabe por supuesto....

—Posee conocimientos primarios imperfectamente.

—Ah, pues eso no está bueno, señor mío; eso no está bueno, porque la educación primaria, es, como si dijéramos, la base de los conocimientos posteriores, son los



cimientos, sí señor; y para construir un edificio sólido y que preste garantías de duración, es necesario que los cimientos sean perfectos.

—Efectivamente, interrumpió don Santiago.

—Pues aquí me tiene usted á sus órdenes mi caballero, mi establecimiento está montado por el sistema moderno, tengo un cuadro de profesores selecto, lo mejor de México.

—¿Y qué ramos?..... iba á preguntar don Santiago.

—¡Ah! señor mío, todos, absolutamente todos, desde las primeras letras, hasta los estudios preparatorios. Vea usted el plan de estudios y los reglamentos del colegio. ¡Oh! éste es un plan vastísimo y que ha costado mucho trabajo combinar.

—¿Y tiene usted muchos alumnos?

—Con decirle á usted que ya no tengo casa.... estoy en esta tribulación; ya es cosa que se necesitaría un local tres veces mayor que éste; pase usted señor, pase usted, me

hará usted el honor de visitar el establecimiento.

Al decir esto el director, se levantó de su asiento y le flotó en el carrillo izquierdo, á manera de un cohete de luz, la inmensa borla de oro de su gorra griega.

Don Santiago parpadeó como si hubiera visto un relámpago, vaciló un momento, y, una vez repuesto de su deslumbramiento, siguió al director.

Era éste, según habrá podido notar el lector, una persona muy amable y de muy bellas cualidades.

Hizo recorrer á don Santiago todos los departamentos, las clases, los dormitorios de los internos, el gimnasio, el baño, el comedor y el calabozo, y don Santiago quedó sumamente complacido.

Al regresar á la sala de recibir, don Santiago hubiera querido aplazar su resolución pero el director era tan amable, había hablado tanto y había logrado probar á don Santiago de una manera tan clara que aquél era el mejor establecimiento de la república,



que quedó definitivamente resuelto que al siguiente día concurriría Gabriel al colegio, para no salir de allí sinó convertido en un verdadero sabio.

El precio era proporcionado á la bondad del establecimiento, pero don Santiago, que aún tenía un resto de su fortuna, no vaciló en comprometerse á pagar las mensualidades.



## CAPÍTULO VII.

### EL PAPELITO DE LOLA.

**E**s justo que nos volvamos á ocupar de Lola, de Zubieta y por consecuencia de don Manuel.

Lola, según lo había resuelto, le escribió á Zubieta lo siguiente:

*Sr. D. Pepe Zubieta.*

Casa de V. etc.

Muy señor mío:

Tomo la pluma, sólo para suplicar á usted que no deje de venir, pues no es con-